

Historia de soldados

Por el poeta ecuatoriano *Jorge Enrique ADOUM*

(En el *Rep. Amer.*)

Cuando de ti me desentierra el día
con sus ásperos oficios, y me repone a los sucesos
como si al final de esa navegación nocturna
en donde hemos llorado y conversado, llorado y permanecido,
debiera regresar a recoger mis pasos,
caminando a morir, como el anciano
vencido a lento paso por sí mismo,
sólo entonces, fríamente despegado de tu piel,
gravemente solitario, entro a mi vacío traje
que te sintió a su lado cada víspera,
pregunto por ti, por mí, por qué sucede,
por qué así, hablando de las cosas
cuya balanza se rompe sin perdón en tus rodillas.

Después de aquel tendero elemental
que espantó tus muslos de hermética cerveza,
después de ese judío persistente, después
del otro que a pie disperso te perdía,
¿fui yo el último soldado, el de los últimos
pies, el que vino a recoger solamente tu vestigio
como la condecoración del que cayó a mi lado?

¿Fue acaso tu deseo desertor, ola ciega
que se rompe antes de encontrar su cúpula,
quien llevó mis cenizas a tu vientre baldío?
Oh ausente, siempre ida porque nunca
estamos juntos, porque nunca trajiste
tu heráldica animal, tu herrumbre
transparente al lado de mi pelo que te empuja,
porque nunca tuvimos una cama precisa
que oliera a cuerpo doble, a aceite comulgado,
ni una noche repetida a cuyo cauce
rueden nuestros zapatos juntos, ni un suelo
donde puedan quebrarse las tazas de los dos, las manchas
salidas de los dos, tu paso de menta
o nieve porque duermo, o tus ligas
y medias y enaguas y preguntas regadas
que me digan: "Por esta puerta, desde esta palabra,
hacia esa fotografía empezó a partir".
Nada que en mi presencia puedas
reconocer un día: "Esto fue mío. Esto te dejo.
Te he lavado el rostro, los pañuelos".

No fuiste tú, pequeña tejedora, perseguida
y herida por ti, ni son tus manos
donde esta mitad de un pan apresurado crecería.
Fue la primera sílaba, el hallazgo
de lo duro y ajeno en mi abandono,
fue mi subsistir por un clavo, por un diente
que otro había usado, por las uñas, los huesos
o la mujer del hombre derribado. Ya venía
con mis ángeles enfermos, ignorando
la inicial extranjera de los pétalos,
el pequeño lenguaje del encuentro, las palomas.
Y hasta de las caderas sacramentales que acechaba
sólo tuve el regreso a tu humilde cadera,
sólo los pedazos de las cosas,
sólo el polvo familiar, lo permitido.

(Yo te traigo esta moneda salvada de pagar
o de perderse, esta esperanza, esta duda
de escoger entre la comida temblorosa
que trae en tu cuchara dos bocados
y el hotel por una noche en donde callas
y comprendes y donde solamente somos
una mujer y un hombre, pasajeros,
sin nombre, sin vestidos, adquiriendo
sólo trozos de sueño después de que has temblado,
como si dijéramos abrigo, alimento, cereal, gavilla,
como si en esta hora de crecida hambre ritual
aún nos fuera dado elegir qué instinto,
qué sombra compartida, qué bisel nos mata menos).
Yo solamente buscaba en tu puerta arremetida

por los prófugos perros agredidos
el aceite ritual o la ceniza bruja
y mi violento alcohol que en tu deseo ardía,
con que entró hasta tus piernas la pobreza:
y nada sino la lluvia con sus cordeles turbios,
nada sino tu olor a corcho envejecido
y aquello que nos quema en la piel o nos penetra
por su propia humedad de dolor, como la ortiga.
Por eso, cuando digo miedo y amanecer sin sexo como un viudo,
y alaridos golpeándose las alas en maderas salvajes,
es como si hablara de una maldición,
de 13 personas a la cena nupcial en que he nacido,
de azúcar derramada, de quebrada arena
estelar, llegada de qué espejo roto por mi mano.

¿Es que siempre será igual, siempre
este ancho domingo creciendo entre paredes?
¿Es que debes atarte las manos a los senos
para que nunca, nunca, te peinen en la noche,
para que no derriben a tu madre, que no la toquen
en sus sillas y su retrato, junto a su baraja
tartamuda y a la cáscara de su Padrenuestro?
¿Y nunca me dirán qué carta, qué escalera
de sangre, qué madrugada lila
te desató los pies para que vayas
de cama en cama, de cuerpo en cuerpo,
huyéndote otra vez, temiéndote, olvidándote?

Esta es una lejana historia de soldados
donde siempre se vuelve al cuartel espantoso.
Y hay un himno a redoble, a latigazo puro,
tambor de funeral, marcha en regreso
de sólo los pedazos que han quedado,
y hay un eludir las tuberosas de la muerte,
una invitación, como la luz de un dormitorio,
a buscar tu cabello original, tus primeros pechos,
para decirte, a ti, que traías a mis dientes
un pan robado, una naranja nocturna a los vestidos:
"Vengo para cuidar lo que me queda: el ojo
solitario, el único brazo defendido,
la rodilla que espera tu cansancio. Vengo todavía
con un trozo de fusil, con una espina
victoriosa".

Oh nunca defendida, cintura
de aguacero ceñida a mi voz seca de soldado,
llena de paja y corazón como una hoguera.

Quito, Ecuador.

Las efemérides del Marqués

(En el *Rep. Amer.*)

(A la memoria de *Mario Sancho*).

Repertorio Americano me trajo la infausta
nueva del fallecimiento de Mario Sancho, al
que vi, por última vez, hace años, en Mana-
gua, cuando dirigía allí *Nicaragua Informati-
va*. Recuerdo que sobrellevaba melancólicamen-
te su alejamiento de la Patria. Supe después
que había logrado rehacer su vida en los Es-
tados Unidos, donde formó un hogar, tal co-
mo lo había soñado.

Con motivo del fallecimiento del celebra-
do escritor —cuya obra queda casi toda dis-
persa en periódicos, revistas y sobre todo en las
cátedras que regentó a su regreso a Costa Rica
— quiero evocar momentos suyos de París,
vividos a la vera del nunca bien alabado Mar-
qués de Peralta, al que sirvió de secretario en
la Legación, por breve tiempo. Nada mejor
para pintar la psicología de ambos personajes,
que relatar una anécdota, que me fué referida